

SEGUNDA PARTE

DE MIRAMAR A ROMA

CAPÍTULO PRIMERO

Mi arribo á Miramar. — Entrevista con la Emperatriz. — Nuevos síntomas de demencia. — Los huéspedes del Castillo. — Los invitados. — Un dieciséis de septiembre en Miramar. — *Te Deum* y banquete. — Preparativos para el viaje á Roma. — El Piccolo. — Viaje por el Tirol.

En la estación de Grignano que es la última antes de llegar á Trieste descendí del tren.

Como oportunamente había anunciado por telégrafo mi llegada, ya en la citada estación me esperaban algunos criados, quienes tomando mis equipajes me condujeron por la suave pendiente de la colina, hasta la hermosa verja de hierro que da entrada á los jardines del castillo.

Ya en el último capítulo de la primera parte de estas

memorias, el lector se deleitó con la lectura de las páginas hermosísimas en que el viajero y escritor M. Victor Tissot describe magistralmente esa mansión deliciosa que Maximiliano había hecho construir, para en ella pasar, sin duda, alejado del bullicio del mundo y de las tormentas políticas, sus últimos años.

Pero de otra manera lo dispuso su destino fatal.

Pasé emocionado por entre aquellos hermosos jardines, deteniéndome á contemplar á cada paso, ya las plantas exquisitas y raras que allí abundan, ya las hermosas estatuas que miran desde sus elevados pedestales el mar que muy cerca salpica las rocas con su amarga espuma, ya una enorme esfinge que se ve á la entrada del puerto y que parece interrogar al Adriático.

Á la izquierda, las elevadas y albeantes paredes del castillo, con sus arcadas y sus tres líneas de ventanas y sus esbeltos torreones blancos también, parecen mirar dulcemente el ir y venir de ese Adriático azul donde tantas veces dejó reposar sus miradas el Emperador de México, antes de emprender la aventura dolorosa que terminó con su muerte.

En la puerta principal del castillo, un guardia palatina se encontraba de centinela.

Un camarista previamente avisado de mi llegada, me condujo á mis habitaciones y tan luego como me hube arreglado un poco, pasé inmediatamente recado á la Sra. de Kuhachevich á quien entregué personalmente los pliegos para la Emperatriz.

Media hora después me recibía Su Majestad; portaba un traje de riguroso luto; en su augusto semblante se revelaban ya las huellas de atroces sufrimientos interiores y apenas si en sus labios se dibujaba melancólica sonrisa.

Me recibió de pie y muy enfadada me dijo:

¿Por qué ha tardado Ud tanto? Desde la llegada de Ud á San Nazario, vivimos aquí en la mayor impaciencia y debería comprender nuestra ansiedad para no haber retardado el momento de venir á encontrarnos.

— Señora, le contesté, no me he detenido más que dos días en París, y una noche en Viena, estando tranquilo respecto al cumplimiento de mi comisión, pues tan luego como llegué á San Nazario y obedeciendo las órdenes de Su Majestad el Emperador, trasmití al Ministro en París el mensaje cifrado, que él debe haber trasmitido á Vuestra Majestad. — Como ésta era la parte más importante de mi comisión, creí haberla cumplido fielmente. Sin embargo con excepción de esos dos días y medio, he pasado todo el tiempo en ferrocarriles para llegar cuanto antes aquí y ponerme á las órdenes de Vuestra Majestad. La casualidad hizo que llegara yo en domingo á París y como ese día estaban cerrados los Bancos, me ví obligado á permanecer hasta el día siguiente para cobrar la letra que traía.

— Usted no sabe sin duda, me dijo, que el telegrama cifrado y trasmitido por el Sr. Almonte está todo equivocado, y por consiguiente incomprensible.

— No, Señora, lo ignoraba; pero si así sucedió, fué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
A. G. 1925 MONTREY, MEXICO

sin duda por culpa del telégrafo; es muy fácil subsanar ese error, pues yo traigo conmigo el original del mensaje y puedo descifrarlo.

— Deme Ud ese documento para que desde luego lo traduzca el Sr. Kuhachevich. Además, agregó, ¿está Ud cierto que nadie ha tocado durante la travesía, ó á su paso por Francia los pliegos del Emperador que Ud trae?

— Señora, contesté, esos pliegos no se han separado de mí un solo instante; tanto en el buque como en los hoteles y en los ferrocarriles, han estado constantemente encerrados en una pequeña maleta y ésta en otra cerrada con una llave que yo llevo en mi bolsillo en el buque, y por recomendación especial del Comisario Imperial, mi equipaje no fué bajado á la cala sino que viajó conmigo en mi propio camarote.

— « Además, como Vuestra Majestad podrá ver, los sellos están intactos y según el inventario que traigo, no falta uno solo de los documentos que me fueron entregados á mi salida de México. Creo también que S. M. no dudará ni por un momento de mi lealtad y de mi adhesión á su persona de la que ya he dado pruebas, siendo esta comisión una prueba más de la confianza que el Emperador tiene en mí.

— No dudo ni por un momento de Ud, me contestó, pero viene Ud de América, con su corazón puro y no desconfía de nadie. No sucedería así si conociera las intrigas de las cortes europeas, yo todo lo temo de Napoleón III, que es nuestro mortal enemigo.

Después me dijo que esperaba estaría yo contento de la hospitalidad que se me daría en el castillo, que ya el Emperador le escribía que me había concedido seis meses de licencia para visitar algunas capitales europeas y que más tarde podría yo hacer uso de esa licencia. Enseguida me ordenó que me retirara.

Entretanto el Sr Kuhachevich, había traducido el mensaje cifrado y una vez que la Emperatriz se enteró de su contenido se tranquilizó un poco. En aquel documento se trataba de los asuntos ya seguidos en París con Napoleón y de los que se tenían que tratar en Roma con el Papa, y en él se encargaba á Su Majestad obtuviera la solución favorable á esos asuntos. Tal fué lo que me dió á saber el Sr Kuhachevich.

Conté al citado caballero mi primera entrevista con la Emperatriz, manifestándole la extrañeza que me había causado ver que supusiera que habían sido abiertos los pliegos antes de que ella los hubiera visto; estando, como estaban éstos perfectamente sellados y lacrados; encontrábase también allí presente el doctor Bouslaveck y tanto este señor como Kuhachevich, me manifestaron que la Emperatriz, desde su entrevista con Napoleón, tenía las ideas más estafalarias y desconfiaba de todo el mundo.

No cabía pues duda ninguna que aquel cerebro caminaba á grandes pasos á la locura.

Según la costumbre establecida por la Emperatriz en Miramar, ella comía absolutamente sola en sus habitaciones y sólo de cuando en cuando, invitaba para que la

acompañara á la Sra. del Barrio. Respecto á los demás huéspedes de Miramar, se nos servían las comidas en un hermoso comedor cuyas ventanas daban al mar. A la Emperatriz le servía su camarera de confianza Matilde Doblínger, joven vienesa que venía con ella desde México.

En el castillo, el doctor Bouslaveck me presentó con el Sr Radonetz, prefecto de la residencia imperial, y con el Sr Stephaneck, cónsul de México en Trieste. Se encontraban además en Miramar los Sres Don Martín Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio. Conocí allí también al Sr Don Gregorio Barandiarán ministro de México en Viena, y á su esposa, que era una hermosísima dama peruana, los cuales llegaron la noche del 15 de Septiembre á Miramar para pasar allí el siguiente día, invitados por Su Majestad para celebrar, cosa extraña, en aquel castillo situado á orillas del Adriático, el aniversario de la Independencia mexicana.

En efecto á las seis de la mañana del siguiente día, dieciséis de septiembre de 1866, una salva de veintiún cañonazos anunciaba á los habitantes del castillo de Miramar que la Emperatriz Carlota celebraba con su séquito el quincuagésimo sexto aniversario del grito de la independencia de México. En el asta bandera de honor flameaba la bandera mexicana y á sus lados el estandarte real de Bélgica y el imperial de la casa de Austria. Todo el exterior del castillo, lucía un primoroso decorado floral y la guardia palatina de gran uniforme

estaba distribuida en las terrazas del castillo. Se habían abierto las puertas de los jardines y permitido la entrada á todo el mundo; y por las avenidas, se paseaban los aldeanos de las vecinas localidades, endomingados todos ellos y luciendo sus pintorescos trajes regionales.

A las nueve de la mañana una segunda salva de veintiún cañonazos, anunció que comenzaba la misa solemne en la capilla del castillo, misa cantada por el capellán de la propia capilla y terminada que fué se cantó el *Te Deum*. La Emperatriz con el manto imperial y la diadema y seguida de todos los que en el castillo nos encontrábamos asistió á estas ceremonias.

Por la tarde una espléndida banda militar austriaca, tocaba en los jardines, y á las cinco se sirvió un banquete en el gran comedor del Palacio; las damas lucieron en esa comida sus magníficos trajes de corte y los hombres que no tenían grados militares, traje de etiqueta; los militares que asistieron llevaban sus ricos uniformes de gala.

Aquella noche, durante la comida me pareció menos triste el semblante de la Emperatriz, su sonrisa era efectivamente más placentera y en sus ojos había mayor brillo que otras veces; era quizá que aturdida por las fiestas y por las aclamaciones de que era objeto, aun creía posible el Imperio Mexicano sin el apoyo de la Francia.

Después de las siete de la noche que terminó la comida, pasó la Emperatriz al gran salón de recepciones

del castillo; á aquel salón donde poco tiempo antes fuera recibida por Maximiliano la diputación mexicana que con el efímero trono de México, iba á ofrecerle también el cadalso de Querétaro.

De allí, después de conversar agradablemente con sus invitados durante una hora, pasó Su Majestad á recogerse á sus habitaciones.

Al siguiente día me dirigí á un primoroso retiro situado á cierta distancia del castillo y denominado el «Piccolo.» Allí residían los esposos del Barrio, á quienes fuí á hacer una visita. El Piccolo era un lugar escogido por Maximiliano para pasar largas temporadas en épocas más felices. Allí el archiduque se entregaba al estudio y á la meditación y allí tenía reunidos todos los objetos que había coleccionado durante sus viajes.

En el centro del pabellón había una cámara tapizada de damasco oscuro, los muros estaban casi literalmente cubiertos con armas exóticas que el mismo Emperador había coleccionado y clasificado con exquisito gusto. Había además en las paredes versículos del Koran escritos con caracteres de oro. En el centro de la habitación un bellissimo juego de agua, levantaba casi hasta el techo, delgado y cristalino hilo que refrescaba aquella morada digna de un magnate oriental. Un dosel formado con huevos de avestruz encerrados en redes de seda verde pendía del techo, los asientos eran mullidos cojines de terciopelo rojo y el piso estaba tapizado por alfombras turcas de diversos colores. Por doquiera, pebeteros magníficos lanzaban perfumado humo y al

alcance del visitante, se veían largas pipas árabes, para los refinados fumadores, á la usanza de Oriente.

Como no tenía absolutamente nada en que ocuparme, visité detenidamente la ciudad de Trieste, unas veces solo, otras con el doctor Bouslaveck, otras con el joven Sicilia, empleado del Sr. Castillo.

Visité también á la familia del consejero Hertzfeld y á la de otro empleado del Palacio apellidado Hoffman. En estos paseos, en visitas y en los baños de mar, pasé los días de mi permanencia en Miramar.

El día diecisiete de Septiembre, al regresar de Trieste, la Sra de Kuhachevich me participó que la Emperatriz deseaba hablarme. Acudí inmediatamente al llamado de Su Majestad, y ésta me dijo que pensaba ir á Roma y que quería que yo la acompañase, pues además de que podría serle útil durante el viaje, no debía desperdiciar aquella oportunidad para visitar las muchas maravillas que contiene la antigua ciudad de los Césares.

Contesté á la Emperatriz que gustoso acataba sus deseos, que eran órdenes para mí, tanto por el placer y el honor de poder ser útil en algo, como también por conocer la capital del orbe católico.

Decidió hacer el viaje por tierra atravesando el Tirol, pues se habían dado en esos días varios casos de cólera en Trieste, y no quería verse detenida por las cuarentenas en Ancona ó en Venecia.

Esa fué por lo menos la disculpa que dió para hacer el viaje por tierra; pero según la opinión de Kuha-

chevich y del doctor Bouslaveck, aquella era una de tantas ideas nuevas y extravagantes como venían diariamente á su pobre cerebro que caminaba á gran prisa á la catástrofe final. Respecto á mí, elogíé aquella idea, que me proporcionaba la manera de conocer ese pintoresco país, tan semejante á la Suiza; pero mucho menos conocido y explorado que aquélla.

Según las disposiciones de Su Majestad, el tesorero y yo debíamos salir de Miramar un día antes que la Emperatriz para preparar las postas y los alojamientos para ella y su comitiva.

Así pues, el día diecisiete por la tarde, á eso de las seis, salimos el Sr Kuhachevich y yo, rumbo á Villach de donde seguimos hasta Malburg, punto adonde llegamos al caer la tarde del 18. Como en Villach terminaba la línea férrea, desde allí empezó nuestra misión de preparar postas y alojamientos.

Una vez hecho esto, salimos en silla de posta, para comenzar á subir la montaña en plena obscuridad. Kuhachevich y yo nos abrigamos perfectamente y procuramos dormir. En cuanto al postillón, para distraer sus horas de fastidio se puso á tocar en su cuerno de caza, aires tirolenses, á los que contestaba el eco lejano de las montañas, mientras el galope de los caballos nos arrebatava por entre esa región montañosa y bellísima que es por su naturaleza una de las más pintorescas de Europa.

CAPÍTULO II

Sigue nuestro viaje por el Tirol. — Entrada á Italia por el Lombardo Veneto. — Mantua. — El general Don Leonardo Márquez y el ministro Peon de Regil en Mantua. — Paso del Po. — Bolonia. — Ancona. — El ministro Velázquez de León. — El obispo Ramírez. — Don Felipe Degollado. — Nuevo interrogatorio. — Foligno. — Llegada á Roma.

El amanecer del día diecinueve de septiembre nos sorprendió en un bellissimo sendero cercado por montañas altísimas cubiertas de frondosos bosques. Al pie de una de aquellas moles inmensas corría impetuoso un arroyo salpicando la roca con niveos encajes.

De trecho en trecho, veíamos algunas pintorescas construcciones de madera muy semejantes á los chalets de Suiza. Á lo pintoresco del paisaje, se agregaba el hermoso golpe de vista que producían grandes rebaños paciendo aquí y acullá, ó trepando por entre los breñales, y á trechos también, grupos de montañeses, trepando tan ágilmente como las cabras por entre las peñas, en persecución de las gamuzas.

Nuestra silla de posta avanzaba rápidamente y á cada vuelta del camino, era una nueva perspectiva, un nuevo panorama, más bello que el que acabábamos de dejar.

Así de sorpresa en sorpresa, de maravilla en maravilla, pasamos por la preciosa aldea de Spital, y por los pintorescos lugares denominados Sachseburg, Lientz, Miterward, y Niedendorf, siempre siguiendo la orillas del Drau, cuyas fuentes habíamos visto aparecer como un pequeño arroyuelo y á cada paso que avanzábamos, avanzaba también ya majestuoso río, convirtiéndose de manso arroyo en tumultuoso torrente de aguas espumosas y cristalinas.

A las cinco de la tarde, llegamos á Brunneck y como habíamos pasado dos noches en el camino y todo se había dispuesto y podíamos reposar dos días en ese lugar, nos hospedamos en una posada llamada del Elefante, en espera de recobrar nuevas fuerzas y restaurar un poco nuestro perdido vigor.

Después de ese ligero descanso, proseguimos nuestra ruta en silla de posta todavía hasta Brixen, lugar donde comenzaba de nuevo el ferrocarril. De este último punto seguimos, ya en cómodo wagon, hasta la antigua ciudad de Verona, pasando por Botzen, por Trento y Roveredo hasta entrar en el Lombardo Veneto y llegar á la ciudad mencionada á las ocho de la noche. En esa ciudad situada á las márgenes del Adige, y que por su circo recuerda aún la dominación romana, reposamos un poco para seguir al día siguiente para Mantua.

Esta ciudad es más bien una gran plaza de guerra rodeada de fosos y de terrenos pantanosos. Mantua forma con Peschiera, Legnano y Verona el célebre cuadrilátero lombardo que vigila la desembocadura del Adige y de donde Bonaparte desalojó á las tropas austriacas en la gloriosa campaña de Italia.

Después de pasar diez puertas y otros tantos puentes, llegamos al centro de la ciudad y nos hospedamos en el hotel *Fenice*.

En este hotel, que era entonces el mejor de la población, preparamos las habitaciones para la Emperatriz y para su séquito.

Aun cuando ya estaba para terminar la guerra entre Prusia y Austria, pues ya Italia aliada de Prusia, había sido batida por tierra y por mar en Custozza y en Lissa, así como también Austria había sufrido la gran derrota de Sadowa; todavía estaban cortados muchos tramos de ferrocarril y nuevamente tuvimos que viajar en carruaje, para llegar hasta Borgo Forte, último punto ocupado por los Austriacos y á cuyas puertas corre caudaloso el Po.

Este río, como es bien sabido, es el primero de los de Italia por la extensión de su lecho, la longitud de su curso (672 kilómetros) y la enorme masa de aluviones que arrastra en su impetuosa corriente.

Se precipita de la alta región del monte Viso, á dos mil doscientos metros de altura, arrastrando consigo los torrentes de los Alpes.

Para vadear este río, recurrimos á una gran balsa de-

tenida por cuerdas á un puente de barcas, que seguía la corriente del río.

Nuestro carruaje avanzó hasta colocarse sobre la balsa, suficientemente ancha para contenerlo con todo y caballos y así vadeamos el Po.

Al pasar á la otra orilla, pudimos ver al centinela italiano, que indicaba que ya nos encontrábamos en tierra de Italia, y que veía de reojo á la opuesta orilla, donde se paseaba el centinela austriaco.

Seguimos nuestro camino por rutas tan bellas que más bien parecían calzadas de alguna ciudad moderna, y al caer la tarde arribamos á Guastalla.

Después de dormir unas cuantas horas en Guastalla, seguimos á la media noche nuestro camino, para llegar al amanecer á Reggio Emilia, donde ya el ferrocarril estaba en perfecto estado y nos conduciría hasta la ciudad eterna.

En Reggio, debíamos esperar á la Emperatriz y á su séquito y en el mismo hotel donde nos alojamos, se encontraban también el general Don Leonardo Márquez y su secretario, que venían de Constantinopla y Don Alonso Peon de Regil, ministro de México en Italia.

Estos caballeros sabiendo que la Emperatriz se dirigía á Roma, habíanse detenido en Reggio Emilia á esperarla.

Márquez y su secretario iban á París y Peon de Regil había venido de Florencia, con el objeto citado.

Pasamos todo un día en Reggio y al amanecer del

segundo, un telegrama inesperado vino á sorprendernos profundamente.

Estaba el despacho fechado en Brixen, venía dirigido al Sr Kuhachevich y en él se ordenaba que retrocediéramos inmediatamente pues la Emperatriz había cambiado de opinión y decidía volver á Miramar.

No pudiendo explicarnos tal determinación, solo la atribuimos á la incoherencia de ideas de que estaba dando pruebas Su Majestad, desde su salida de México.

Regresamos pues hasta Mantua, siguiendo el mismo camino y en esta ciudad nos esperaba un nuevo telegrama donde se nos ordenaba esperásemos órdenes allí, sin seguir nuestro camino, pues la Emperatriz había vuelto á cambiar de determinación y decidía siempre visitar al Santo Padre, y seguir para Roma.

No pudimos ya menos de comunicarnos nuestras sospechas, desgraciadamente bastante bien fundadas respecto al estado mental de Su Majestad.

Á las cinco de la tarde de aquel mismo día, las tropas austriacas de guarnición en Mantua, formaban valla desde la puerta Norte hasta el hotel de *La Fenice*, y una salva de ciento un cañonazos, anunciaba á los habitantes que la Emperatriz de México, Carlota Amalia llegaba á la ciudad.

Cuando Su Majestad, en medio de una curiosa muchedumbre atravesó las calles con su numeroso séquito, todos los mantuanos se preguntaban con extrañeza porqué aquella soberana que venía del Nuevo Mundo,

había escogido esa ruta tan larga y tan difícil, para dirigirse á Roma.

Ya instalada Su Majestad, recibió en el gran salón del hotel los respetos de los jefes y oficiales austriacos, que mandaban las fuerzas de guarnición en Mantua.

Después, la tropas desfilaron frente al hotel y desde el balcón principal la Emperatriz contempló el desfile y escuchó los entusiastas vivas, que aquellos fieles soldados lanzaban á su infortunio. Por la noche, toda la ciudad se iluminó profusamente en honor de la princesa belga.

El 25 de septiembre por la mañana una numerosísima comitiva salía de Mantua acompañando á la Emperatriz de México.

El primer carruaje conducía á la Soberana, á la Sra. del Barrio y al ministro Don Martín Castillo.

El segundo, al conde del Valle, al chambelán Del Barrio y al prefecto de Miramar Sr Radonetz.

El tercero á los esposos Kuhachevich, al doctor Bouslaveck y á mí. Seguía después otro coche y dos furgones con la servidumbre y los equipajes.

Después de pasar el Po (Kuhachevich y yo por la tercera vez) seguimos hasta Reggio, donde un rico conde italiano tenía preparado un gran banquete en honor de su huésped imperial.

De Reggio á Bolonia, seguimos en ferrocarril, llegando á esta ciudad á las cinco de la tarde.

Bolonia es una de las ciudades más curiosas de Italia, por sus calles todas formadas de portales y por sus antiguos palacios.

En Bolonia, las tropas italianas hicieron los honores á Carlota, formando valla desde la estación del ferrocarril, hasta las puertas del Hotel Británico, donde se habían preparado los alojamientos para la Emperatriz y su comitiva.

Los batallones de bersaglieri, con sus pintorescos uniformes y sus sombreros adornados con grandes plumas negras, llamaron mucho nuestra atención. En todo el trayecto, nos esperaba una multitud inmensa de curiosos.

Pasamos en Bolonia la noche y al amanecer del siguiente día, continuamos por ferrocarril para Ancona, siguiendo las riberas del Adriático.

En Ancona, donde se había preparado un gran almuerzo, esperaban ya á Su Majestad, el Ministro Velázquez de León, el Obispo Ramirez y el Sr Don Felipe Degollado que formaban la comisión mexicana en Roma.

También en esta ciudad las tropas italianas hicieron honores á la Emperatriz. Terminado el banquete que duró dos horas, volvimos al tren.

El Sr Velázquez de León invitado por la Emperatriz, pasó al coche que ésta ocupaba para hablar de los negocios del Imperio.

El Sr Velázquez de León era un hombre honrado á carta cabal, y había manifestado desde un principio profunda adhesión á la causa imperialista, pues como se recordará formó parte de la comisión que fué á ofrecer el trono efímero de México á Maximiliano en Miramar.

Profunda y sinceramente católico, había sido escogido por el Emperador como el hombre más apropiado para arreglar con el Papa los asuntos tan espinosos de la Iglesia Mexicana.

De Ancona hasta Roma, el ferrocarril atraviesa una larga cadena de elevadísimas montañas y á cada vuelta del camino, nuestra admiración crecía ante los maravillosos panoramas que se desarrollaban á nuestra vista.

Largos y negros túneles abundan en ese admirable camino y es sin duda alguna el ferrocarril europeo, que por lo menos en aquella época, contaba con mayor número de túneles.

En una de las estaciones, vino al coche donde yo iba, un camarista á decirme de parte de Su Majestad que pasara yo al wagon que ella ocupaba pues deseaba hablarme.

Pasé inmediatamente á ver qué deseaba de mí la Soberana, y la encontré muy agitada hablando calurosamente con el Ministro Velázquez de León.

La Emperatriz manifestó al ministro que yo era el correo extraordinario enviado de México con pliegos del Emperador y entre éstos uno cifrado, el ministro que ya me conocía y me había hablado largamente en Ancona, volvió á hacerme un interrogatorio semejante al que Carlota me había hecho en nuestra primera entrevista en Miramar.

« Que si había descuidado mi balija, que si había trabado amistad con alguna persona de quien sospechara que hubiese violado la correspondencia, etc. »

Á todas las preguntas del ministro contesté naturalmente con la misma serenidad y la certeza que había contestado á la Soberana, pues yo estaba perfectamente seguro que nadie, en lo absoluto, había tocado aquellos pliegos más que yo.

Á la estación siguiente volví á mi coche, muy preocupado como podrán comprender mis lectores, pues aquella desconfianza de la Emperatriz no era para menos. Pero cuando llegamos á Roma y pude despacio hablar con el ministro Velázquez de León, éste me manifestó que solo se había prestado á aquel interrogatorio por complacer á Su Majestad, pues él estaba perfectamente seguro, que nada anormal había acontecido con la correspondencia imperial de que yo era portador; pero que S. M. desde su entrevista con Napoleón, había sufrido tal sacudimiento nervioso, que por doquiera veía asechanzas y emboscadas.

Al hablar con Velázquez de León, la Emperatriz le había dicho que no dudaba de mí; pero sí que siendo yo tan joven y por mi edad, inexperto y confiado, muy fácil hubiera sido á los agentes y espías de Napoleón III haber cometido la felonía que sospechaba.

Á las cinco de la tarde de ese día el tren se detuvo en Foligno, donde bajo la sombra de un emparrado, se sirvió la comida que ofrecían á Carlota las autoridades romanas.

Su Majestad manifestó encontrarse un poco indispuesta y suplicó la excusaran de presidir el banquete; así pues comió sola en el wagon acompañada de la Sra. del Barrio.

À las once de la noche, bajo una lluvia pertinaz y en plenas tinieblas, llegamos á la ciudad eterna.

El desembarcadero del tren, estaba sin embargo profusamente iluminado y cubierto de adornos, y una multitud inmensa se agolpaba para ver bajar del tren á la Emperatriz de México.

La Soberana fué recibida por una comisión de cardenales, que para el efecto había enviado el Santo Padre, por los ministros extranjeros residentes en Roma, y por muchas familias de las más distinguidas de la nobleza romana.

La Guardia noble y la gendarmería pontifical formaban valla y una escolta de coraceros acompañó al séquito imperial hasta las habitaciones que se le tenían preparadas en el suntuoso edificio denominado *Albergo di Roma* y que se encuentra ubicado en el Corso, frente á la iglesia de San Carlos.

CAPÍTULO III

El Albergo de Roma. — Primeros días en la ciudad eterna. — Visita del cardenal Antonelli. — Honores tributados á la Emperatriz. — Su visita á Pío IX. — Su Santidad corresponde la visita. — Se declara la locura.

Se destinó todo el primer piso del Albergo de Roma para la Emperatriz y para su séquito; el salón del centro con balcones que daban al Corso y con dos cámaras á uno y á otro lado, fué ocupado por Su Majestad y un cuarto contiguo á la derecha para la camarista Matilde Doblinger,

En las habitaciones del ala izquierda, se instalaron: el ministro Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio y en las del ala derecha, los esposos Kuhachevich, el doctor Bouslaveck y yo. El gran comedor para toda la comitiva, se encontraba situado en el fondo del patio y la servidumbre ocupaba todo el piso bajo.

Para hacer guardia á la Soberana se turnaban los co-